



BOLETIN DEL CLERO

DEL

Obispado de Leon.

LA ASCENSION

DEL SEÑOR.

Cuarenta dias hacia que Jesucristo habia resucitado por su propia virtud, saliendo triunfante del sepulcro, y dándonos en su gloriosa resurreccion una prenda de la nuestra.

En este medio tiempo se apareció diferentes veces y de diferentes maneras á los apóstoles y demás discípulos, dándoles sus instrucciones sobre el reino de Dios y el establecimiento de su iglesia. Retirados aquellos á Galilea poco tiempo despues de la resurreccion, recibieron orden de volver á Jerusalem para celebrar la fiesta de Pentecostés que estaba próxima. Diez dias

antes de esta solemnidad, estando comiendo juntos, se les apareció de nuevo Jesucristo; y como debia ser la última vez, les habló mas extensamente sobre la gran mision que iba á confiarles: mandóles que fuesen á predicar el bautismo y la penitencia, y que confirmasen su doctrina con milagros; revistiéndolos del poder que él mismo habia recibido de su Padre para obrarlos. Este era el sello de su mision sobre la tierra; y la prueba auténtica de la verdad de su testimonio, que para mayor abundamiento habian de sellar tambien con su propia sangre.

Los apóstoles viendo que Jesucristo iba á dejarlos, y habiéndole oido hablar del establecimiento del reino de Dios,

le preguntaron si iba ya á restituir el reino de Israel. Los judios carnales y groseros tenían formado un concepto muy equivocado del Mesías, imaginándose que seria un conquistador poderoso, que libertándolos de la tiranía de los romanos, sugetaria por el contrario á su yugo á todas las naciones: en este sentido interpretaban las profecías relativas á la grandeza y poder del Mesías; y por eso la cruz del Salvador era un escándalo para ellos, no pudiendo comprender que con la muerte ignominiosa que sufrió en ella, hubiese vencido á sus enemigos y rescatado la libertad de su pueblo. Los apóstoles aunque adoctrinados por su divino maestro, no podian desprenderse de estas ideas; y aunque pudieran haberlas corregido con la muerte del Salvador, despues que le vieron resucitado y glorioso, volvieron á confirmarse en su creencia, y ya no dudaron que estaba próximo el establecimiento del reino temporal de Jesucristo. Por esto la pregunta que le hicieron, con el anhelo de saber el momento en que

daria principio este reinado. Pero el Señor refrenando por un lado su curiosidad, les hizo entender al mismo tiempo qué clase de reinado habia venido á establecer en la tierra. « No es para vosotros, les dice, saber los tiempos y los momentos que el Padre ha puesto en su poder; pero dentro de pocos dias recibiréis la virtud del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y me daréis testimonio en Jerusalem, y en toda la Judea y Samaria, y hasta en las extremidades de la tierra. »

Conversando de este modo, el Señor habia conducido á los apóstoles por el camino de Betania, hasta la cumbre del monte de las Olivas, donde queria hacerlos testigos de su gloriosa ascension; y aun es tradicion antigua, referida por Eusebio en la vida de Constantino, que antes de subir al cielo les dió la sagrada eucaristía en una gruta de la montaña.

Colocado en la cima de ella, á vista y presencia de todos los apóstoles y demás discípulos, con pasmo y admiracion de todos ellos, Jesu-

cristo por su propia virtud, sin auxilio de los ángeles, sino con el mismo poder con que habia resucitado de entre los muertos, principió á elevarse en los aires, con las manos estendidas hácia los apóstoles en señal de bendicion, quienes continuaban mirando extáticos hasta que una nube resplandeciente lo ocultó á su vista. Solo se dejaron ver dos ángeles cuando no cansándose los apóstoles de mirar hácia el punto por donde habia desaparecido su divino Maestro, se les presentaron con vestiduras blancas, y les dijeron: «varones Galileos, ¿por qué os deteneis aquí mirando al cielo? Este Jesus, que separándose de vosotros se ha elevado á los cielos, vendrá como le habeis visto subir;» esto es, bajará en su naturaleza humana para ser juez supremo de los vivos y de los muertos.

Sabemos por tradicion antigua de la Iglesia, apoyada en la autoridad de las sagradas escrituras, que Jesucristo hizo su gloriosa ascension á los cielos el dia cuadragésimo de su resurreccion, un jueves, hácia la hora sexta, ó á medio

dia. Muchos Padres de los primeros siglos de la iglesia, como tambien muchos viajeros modernos, nos aseguran que los vestigios de sus pies quedaron gravados en la roca donde los colocó en el momento de dejar la tierra, y que siempre han sido visitados por los fieles con grande devocion, á lo menos desde el siglo cuarto. «Allí se ven las huellas de sus últimos pasos, dice San Agustin, y son veneradas en el sitio mismo donde posó sus plantas por la última vez, y de donde se elevó á los aires para subir al cielo.» Esto mismo atestiguan San Optato, San Paulino, Sulpicio Severo, y el autor antiguo del libro intitulado *de Locis Hebraicis*, que se halla entre las obras de San Jerónimo, y es citado con elogio por Erasmo, Escalígero y otros críticos; tambien lo afirman el venerable Beda y los viajeros modernos que citan Rosvveide, Tillemont, etc. Casaubon, sábio crítico protestante, llama este hecho una maravilla que merece entero crédito. San Paulino y Sulpicio Severo nos enseñan que en este sitio jamás

se ha podido colocar pavimento alguno, aunque muchas veces se haya intentado embaldosarlo con mármol; y aun añade San Jerónimo, que en el templo que construyó Santa Elena sobre aquel mismo lugar, quedó descubierta la bóveda, por no poder cerrar el pasaje por donde subió el Señor á los cielos. Este magnífico edificio ha cedido á la fuerza del tiempo, y los vestigios de las plantas del Salvador permanecen indelebles, á través de tantos siglos y de tantas vicisitudes; siendo muy de notar que sobre este mismo monte Olivete acampó el ejército de Tito cuando el sitio de Jerusalem, sin que entonces sufriese alteracion alguna la forma de estas sagradas plantas. Posteriormente, en tiempo de la dominacion de los turcos, fué arrancada la piedra en que estaba la huella del pie derecho, y colocada por ellos en una mezquita; pero aun existe en el mismo sitio la huella del pie izquierdo, honda de tres dedos, perfectamente formada en la roca, aunque un poco gastada, dice De Geramb, por los con-

tínuos ósculos que los peregrinos imprimen en ella desde tantos siglos. Segun la direccion del pie, el Señor debió tener el rostro hácia el Norte cuando subió á los cielos; por lo que, bajando en la misma forma á la consumacion de los siglos, tendrá delante de sí el valle de Josafat, que se extiende á la raiz de aquel monte, *á donde serán conducidas todas las naciones para disputar con ellas*, dice el Señor por boca de Joel.

Hecha la narracion histórica y la explicacion de este misterio, conviene digamos algo sobre la manera con que debemos venerarlo y santificar la fiesta de este dia. En ella debemos tributar á Dios el homenaje de nuestras acciones de gracias, de nuestro amor, de nuestras alabanzas y de una santa alegría; sea porque este sagrado misterio acaba y perfecciona, con tanta dicha nuestra como gloria del Redentor, la victoria conseguida contra la muerte y contra las potestades del infierno; sea por los beneficios incomparables que hemos recibido en este grande y ven-

turoso día. La resurreccion de Jesucristo fué como el principio de su triunfo, habiéndose manifestado entonces revestido de gloria y majestad, saliendo victorioso del sepulcro; pero este triunfo no fué completo sino en el momento de su gloriosa ascension, cuando hizo su entrada en el reino de los cielos, tomó posesion de ellos, y se sentó sobre su trono á la derecha de Dios Padre. Despues de su resurreccion, como era inmortal é impasible, no podia permanecer por mucho tiempo sobre la tierra. Este valle de lágrimas, lugar de destierro, de corrupcion y de miserias, no era una morada conveniente á su nuevo estado de gloria. El cielo le era debido por toda clase de titulos, y los ciudadanos de la verdadera Jerusalem, los ángeles, arcángeles y demás espíritus celestes reclamaban á su Rey con tanto ardor como justicia: el sitio de su reinado le estaba preparado á la derecha del Padre eterno.

Si la tierra empapada todavía con la sangre inocente, cubierta y contaminada con

las abominaciones del pecado, no era digna, segun expresion de San Pablo, de poseer á los bienaventurados siervos de Dios, ¿cuánto menos lo era de retener al Santo de los santos glorificado? «En su cualidad de hijo de Dios, Jesucristo es el resplandor de su gloria y la imágen perfecta de su substancia,» es decir, el resplandor coeterno é infinito de aquel abismo inmenso, y de aquel manantial inagotable de luz que el Padre encierra dentro de sí mismo: es la emanacion de la gloria del Padre, procedente de su seno por una generacion eterna, sin que el Padre le haya preexistido jamás, y sin ser en nada inferior al Padre; en fin, sin que nada falte á la unidad de naturaleza infinitamente simple é infinitamente perfecta en el Padre y en el Hijo; eterno, inmutable, soberano, verdadero Dios de verdadero Dios; adorable y completa semejanza de su substancia y de su gloria incomprensible, sobre la que el Padre se ha impreso á sí mismo, sin la mas pequeña disminucion de su propio ser y de sus perfeccio-

nes, que le comunica en su plenitud absoluta, desde toda la eternidad; por manera que el Hijo es un mismo Dios con el Padre, de la misma naturaleza ó de la misma substancia individua, aunque la segunda persona distinta de la persona del Padre, igual á él en gloria y majestad. Como hombre es hijo natural de Dios, estando en él unida hipostáticamente la naturaleza humana á la persona divina; pero en el curso de su vida mortal el resplandor de su gloria permaneció encubierto bajo su humanidad: misterio de amor y de bondad hácia nosotros, que es un nuevo motivo de adoracion y de alabanza. Justo era, pues, que el esplendor en que habia sido engendrado eternamente rompiese al fin el velo que le encubria, y que se dejase ver como era en sí naturalmente. El amor á los hombres le habia abatido por debajo de todas las criaturas: el tiempo de su exaltacion era llegado; y despues de haber sufrido los mas crueles tormentos obedeciendo al Padre hasta la muerte, le era debida una recom-

pensa proporcionada á tan grande abatimiento. Los cielos, que se habian cubierto de luto durante su pasion y muerte, suspiraban por el momento de gozar de su presencia corporal y de coronar su humanidad gloriosa. Pero las tinieblas que cubrian el mundo, no conocieron á aquel que era la luz del mundo; y los hombres, cegados por el orgullo ó por el amor de los placeres sensuales, no quisieron recibirle. Convenía, pues, que se apartase de un mundo impío, ingrato y endurecido, y que fuese á recibir en el cielo las coronas que por tantos títulos le estaban reservadas. Habia pagado nuestro rescate, llenado las figuras y las profecias, vencido el pecado y el infierno, y cumplido la grande obra para que habia sido enviado por el Padre. «Subió pues al cielo, y sobre todos los cielos, para que todas las cosas fuesen consumadas.»

¿Quién podrá expresar bien la alegria y gozo de los ángeles en este venturoso dia? Yo me figuro que apenas el Señor dejó la tierra y se elevó á los aires por su propia

virtud, millones de espíritus angélicos bajaron á su encuentro para conducirlo en triunfo, y millones de millones le estaban esperando, exclamando con las palabras del profeta: «Abrid vuestras puertas, principes del cielo, alzáois puertas eternas, para dar entrada al Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en los combates.» ¡Con qué transportes de gozo, y al mismo tiempo con qué santa sorpresa verían pasar la humanidad de Jesucristo para ser ensalzada sobre todos ellos, y colocada á la derecha del Altísimo! ¡cuando vieron á aquel que habia sido juzgado en la tierra con tanta injusticia é ignominia, y condenado á la muerte con tanta crueldad y afrenta, reconocido ahora solemnemente como señor de todas las criaturas y como juez soberano de todos los hombres! ¡Con qué cánticos de alabanza celebrarían las victorias de este nuevo conquistador que con sus humillaciones y tormentos habia reparado sus ruinas, rescatando

al hombre, venciendo á satanás, y llevando consigo los trofeos y sagrados emblemas de su triunfo! Celebremos también nosotros estas maravillas y exaltemos á aquel que las ha hecho, uniendo nuestras voces á las de tantos millones de espíritus celestes que hacen resonar los cielos con este divino cántico: «digno es el cordero que fué entregado á la muerte, de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y bendición eternamente.

La Gaceta del 16 y 17 contiene varios partes oficiales sobre la enfermedad de S. M. la REINA MADRE, y según el último está ya fuera de todo peligro, habiendo entrado la enfermedad en su periodo de decrecimiento, según declara el primer médico de cámara, sin que se observe síntoma que impida entregarse á la esperanza de una feliz terminación.

La España del 17 añade: S. M. la REINA MADRE progresa, aunque algo lentamente, en su alivio. Ayer durmió á ratos, cosa que necesitaba mucho, pues llevaba cuatro ó cinco dias de insomnio. S. M. la REINA se informa á cada momento, y con filial interés, del estado de la augusta enferma.

El mismo periódico dice: Se asegura que la agencia general de preces ha recibido ya de Roma la mayor parte de las bulas correspondientes á los prebendados nombrados por Su Santidad, con arreglo al Concordato.

NOTICIAS DE LA DIOCESIS.

Nuestro Ilmo. Prelado salió de esta capital el jueves por la mañana, para continuar la santa visita, principiando por el arciprestazgo de Lillo y Peñamian, y en seguida pasará á los de Valdeburon de arriba y de abajo. Queda encargado del Gobierno eclesiástico de la diócesis, durante su ausencia de la capital, el Dr. D. Justo Barbagero, Dignidad de Chantre de esta santa iglesia.

ANUNCIO.

MANUAL DE COMPRADORES

DE LOS BIENES

DEL CLERO REGULAR,

de Cofradías no exentas, Ermitas y de Santuarios; arreglado á las disposiciones que rigen en la materia.

Esta interesante publicacion, reducida á un volumen en dieziseisavo, contiene además; modelos para solicitar la venta de los enunciados bienes; un formulario á que deben atenderse los Sres. Alcaldes constitucionales, Párrocos, Secretarios de Ayuntamiento, Pedáneos y Fieles de fechos al formar los expedientes de identificacion de los mismos, segun la circular de este Gobierno de Provincia de 1.º de Julio del año último; ciertas observaciones sobre su inteligencia; tablas de capitalizacion bajo un método sencillo para que los labradores en especial puedan calcular el importe en venta de tal ó cual renta, quignon ó quiones de heredades, censo ó foro en que pretendan interesarse; y por apéndice otras disposiciones de interés particular acerca de los mismos bienes.

Por último, este MANUAL, si bien arreglado para guia de licitadores á los bienes posteriormente devueltos al Obispado de Leon, por consecuencia del último Concordato celebrado con la Santa Sede, ofrece idénticas ventajas, y puede tener igual aplicacion en su mayor parte respecto á los que de la misma naturaleza han de enagenarse en las demás diócesis del Reino. = Precio de cada ejemplar, 4 reales.

Varios puntos de venta en esta Provincia y fuera de ella: Leon, Establecimiento tipográfico de D. Manuel Gonzalez Redondo. = Astorga, D. Manuel de Ochoa = Sabagun, D. José María Collantes. = Valderas, D. Gumersindo de la Huerga. = Mayorga, D. Bernardo Alonso Vallejo = Cuenca de Campos, D. Camilo Fernandez Tellez = Villalpando, D. Manuel de Oviedo = Cahecho, en la Liébana, D. Ignacio Rodriguez Cosgaya. = Palencia, D. Pedro Solis de Igarrriza.

LEON.—IMPRESA Y LIT. DE
MANUEL G. REDONDO.